

Mercabarna y el Ayuntamiento financian cursos y becas para que exmanteros puedan trabajar como pescaderos

DOMINGO MARCHENA
Barcelona

El escenario más efectivo para luchar contra la venta ambulante ilegal no es una operación policial en la calle. La mejor forma de ayudar a los manteros tampoco es telefonar a un abogado para interceder por un preso acusado de agresión a un guardia urbano. El escenario más efectivo y la mejor ayuda están en aulas como esta, donde la profesora pide cosas insólitas, si se tiene en cuenta que sus alumnos tienen cuchillos.

—Cortadme la cabeza.

La profesora, Joseve Pedreño, de 50 años, hija de pescaderos y que comenzó en el oficio hace 35 años, cuando tenía 15, se refiere a



De la manta a la pescadería

las lubinas que miran sus alumnos. Ocho hombres y tres mujeres, de entre 24 y 50 años. Todos senegaleses, salvo un guineano y un brasileño, el único blanco.

Los once malvivían del *top manta*. Los hombres vendían baratijas, objetos de artesanía, material pirateado y otros productos que compraban –y otros muchos siguen comprando– en bazares del polígono Granland Badalona Sud. Las mujeres –Maty, embarazada de seis meses, Adama y Anna– se dedicaban al avituallamiento de sus compañeros: buñuelos y empanadillas de atún.

Hoy todos forman parte de un programa piloto auspiciado por Barcelona y Mercabarna para aprender a trabajar como pescaderos. En principio iban a ser ocho alumnos, pero fue tal la ilusión que se detectó entre los aspirantes que las plazas se ampliaron a once. El cursillo, del 20 de abril al 29 de julio, tiene excelentes perspectivas laborales e incluye becas y prácticas remuneradas en el propio mercado central y empresas del sector. Mercabar-

na, cuyo socio mayoritario es el Ayuntamiento, otorgará ayudas equivalentes a doce meses del salario mínimo interprofesional a las firmas que contraten un año a los estudiantes y con el compromiso de renovación. Aunque parece increíble en un país con

tanto paro, este sector tiene dificultades para conseguir mano de obra. Joseve lo confirma: “Mis hijos ya lo dicen: ‘No nos dedicaremos a lo mismo que tú, mamá’. Madrugar, tantas horas de pie...”.

Un oficio muy sacrificado para muchos y una oportunidad enor-

me para otros, sobre todo si se han jugado la vida en un cayuco, como la mayoría de los alumnos. Sus relatos dan escalofríos. Los llantos de los niños. Las plegarias de los mayores. Seis o siete días en alta mar, a merced de las olas. Al cuarto día lo habitual es que se

agotaran los víveres, aunque afortunadamente el agua potable duraba un poco más. Frío, hambre y, por fin, el rescate. La primera llamada a casa. Las lágrimas de alegría de los padres al saber que sus hijos estaban vivos.

“Para ellos es un atisbo de esperanza”, dicen las encargadas de la Oficina del Plan de Asentamientos Irregulares, que ayer acudieron a presenciar cómo funcionan las clases. Tiene sentido que lo hicieran porque colaboran con el programa piloto (localizaron y ayudaron a un primer grupo de 48 manteros, del que salieron estos futuros pescaderos) y porque muchas personas que se dedican a la venta ambulante ilegal –o a la recogida de chatarra– han hallado refugio en estos campamentos de infraviviendas.

Dos entidades altruistas participan en el proyecto, las fundaciones Mercè Fontanilles y Busquets. La primera, colaboradora habitual de Mercabarna, se dedica a la inserción sociolaboral e impartió las primeras lecciones, las teóricas. La segunda recoge el



Clases prácticas.

Joseve Pedreño, que durante años regentó una pescadería en el mercado de Sant Adrià de Besòs, explica al brasileño Jorge cómo debe filetear una lubina; abajo, Anna y otros alumnos aprenden a colocar el género de forma atractiva para los clientes, como harían en una pescadería convencional

CÉSAR RANGEL



LOS ALUMNOS

Ocho hombres y tres mujeres recobran la esperanza gracias a un cursillo en el mercado

LAS EMPRESAS

Barcelona fomentará las contrataciones y subvencionará el primer año de salario

género de las clases prácticas, en un aula de Mercapeix que parece una pescadería, y lo distribuye en comedores sociales y familias necesitadas. Pescados y mariscos de extraordinaria calidad y frescura.

Mercabarna comenzó sus cursillos en 1987 para dar esperanzas a millares de parados de larga duración, mayores de 45 años y personas con dificultades para acceder al mundo del trabajo. Esta es la primera vez, sin embargo, que las clases se imparten a exmanteos y se fomentan contrataciones de un año para que los cursillistas en situación administrativa irregular –casi todos: diez de los once– puedan obtener papeles.

La teniente de alcalde Laia Ortiz y Agustí Colom, que compagina la presidencia de Mercabarna con la concejalía de Empleo, Empresa y Turismo, se felicitaron ayer de los resultados obtenidos hasta ahora y anunciaron que la experiencia se repetirá y se ampliará a otros campos, como las escuelas de formación de los gremios. Su euforia no es nada en comparación con la de Joseve Pedreño, que nunca tendrá alumnos más ilusionados. Maite Palat y Jaume Sabaté, respectivamente, jefa y coordinador de formación de Mercabarna, lo confirman. Y también los alumnos, uno de los cuales dice: “¿Miedo en el cayuco? No. Lo que sí me da miedo es que esto no salga bien”.

CÉSAR RANGEL